



**Lo más selecto**

CUENTOS Y NOUVELLES

**Henry James**

En esta edición se reúnen dos volúmenes de cuentos y *nouvelles* de Henry James tal como se publicaron en vida de su autor: *Una vida en Londres y otros relatos* (1889) y *Lo más selecto* (1903). Ambos volúmenes pertenecen a la etapa de madurez de su autor: se trata, pues, de una muestra representativa, fiel a su concepción original, y prácticamente inédita —sólo dos de los trece relatos incluidos habían aparecido antes en España—, del James más exquisito y profundo, el de la época, por un lado, de *Los papeles de Aspem* y *La lección del maestro* y, por otro, de *Los embajadores*.

## Nota al texto

En esta edición se reúnen dos volúmenes de cuentos y *nouvelles* de Henry James tal como se publicaron —con alguna salvedad que precisaremos más adelante— en vida de su autor. Ambos volúmenes pertenecen a su etapa de madurez: el primero de ellos se sitúa entre las colecciones de relatos de *Los papeles de Aspern* (1888) y *La lección del maestro* (1892); el segundo, representativo de la fase final de madurez, es un año posterior a *Las alas de la paloma* (1902) y coetáneo de *Los embajadores* (1903). A diferencia de los criterios antológicos adoptados habitualmente en las ediciones modernas, hemos preferido respetar las colecciones tal como originalmente fueron concebidas y partir de los textos fijados en ellas para la traducción.

El primero de estos volúmenes fue publicado por Macmillan en 1889 (Londres y Nueva York); su título era el de las cuatro narraciones que lo componían: *A London Life*, *The Patagonia*, *The Liar*, *Mrs Temperly*. Cada una de ellas había aparecido previamente en revistas: «Una vida en Londres», en *Scribner's Magazine* (junio, julio-septiembre de 1888); «El Patagonia», en *English Illustrated Magazine* (agosto-septiembre de 1888); «El mentiroso», en *Century Magazine* (mayo-junio de 1888); y «La señora Temperly», en *Harper's Weekly* (6, 13 y 20 de agosto de 1887, con el título de «Cousin Maria»).

El segundo llevaba el título de *Lo más selecto* (*The Better Sort*) y se publicó en 1903 (Methuen & Co, Londres; Charles Scribner's Sons, Nueva York). Además de los nueve relatos aquí incluidos, figuraban en él dos *nouvelles* de las

que se ha juzgado oportuno prescindir, por ser suficientemente conocidas y hallarse fácilmente al alcance del público en español (la segunda de ellas en esta misma editorial: Alba Clásica núm. XVIII): *La bestia en la jungla* y *Los periódicos*.

«Alas rotas» había aparecido previamente en *Century Magazine* (diciembre de 1900); «El Holbein de lady Beldonald», en *Harper's New Monthly Magazine* (octubre de 1901); «Las dos caras», en *Harper's Bazaar* (15 de diciembre de 1900, con el título de «The Faces»), y en *Cornhill Magazine* (junio de 1901); «La tonalidad del tiempo», en *Scribner's Magazine* (noviembre de 1900); «De una clase especial», en *Collier's Weekly* (16 de junio de 1900); «La señora Medwin», en *Punch* (28 de agosto-18 de septiembre de 1901); «Flickerbridge», en *Scribner's Magazine* (febrero de 1902); «La sombra de una historia», en *The Anglo-American Magazine* (enero de 1902); por último, «La Casa Natal» fue publicado por primera vez en el volumen del que formaba parte.

---

**Una vida en Londres y otros  
relatos**

(1889)

---

---

## Una vida en Londres

---



Llovía, al parecer, pero a ella le daba igual: se pondría unos zapatos recios e iría andando hasta Plash. Sentía tal inquietud y desazón que le resultaba doloroso; unas voces extrañas la asustaban —pronunciaban las insinuaciones más siniestras— en las habitaciones vacías de la casa. Iría a ver a la vieja señora Berrington, a la que apreciaba porque era muy sencilla, y a la anciana *lady* Davenant, que pasaba con ella unos días y le parecía interesante por motivos que nada tenían que ver con la sencillez. Después, regresaría para el té de los niños: le gustaba aún más la última media hora de clase, con el pan y la mantequilla, las velas y el rojo fuego, los pequeños arrebatos de confianza de la señorita Steet, la institutriz, y la compañía de Scratch y Parson (cuyos motes inducían a creer que se trataba de perros), sus pequeños y magníficos sobrinos, cuya carne era tan firme y, sin embargo, tan suave y cuyos ojos resultaban tan encantadores cuando oían contar cuentos. Plash era la casa que tenía la viuda en usufructo y estaba situada a una milla y media de Mellows, al otro lado del parque. Al final resultó que no llovía, aunque lo había hecho; sólo quedaba un aire gris sobre el verde intenso y profundo y un agradable olor húmedo, a tierra; los paseos estaban lisos y duros, y la expedición no era muy ardua.

La joven llevaba más de un año en Inglaterra pero todavía no se había acostumbrado a algunas satisfacciones y, por ese motivo, seguía disfrutándolas; una de ellas era lo cómodo, lo accesible del campo. Tanto dentro como fuera

de las verjas, todo parecía un parque: todo tenía un intenso aire de «finca». El mismo nombre de *Plash*, raro y antiguo, seguía sorprendiéndola y tampoco era indiferente al hecho de que el lugar fuera una «casa de viuda»: el pequeño retiro de paredes de ladrillo cubiertas de hiedra en que se había refugiado la anciana señora Berrington cuando, al morir el padre, su hijo se hizo cargo de la finca. A Laura Wing le parecía muy mal aquella costumbre de expropiar a la viuda en el ocaso de sus días, cuando más honores y abundancia merecía; pero la condena de aquel error se olvidaba cuando tantas consecuencias suyas parecían buenas (si se pasaba por alto la humedad), como acababa sucediendo, tarde o temprano, con la mayoría de sus juicios desfavorables sobre las instituciones inglesas. En aquel país, las iniquidades de un modo u otro resultaban pintorescas; y aparecían «casas de viuda» en las novelas, sobre todo las que describían a las clases altas, que había devorado al final de su infancia. Por lo general, la iniquidad no impedía que esos retiros estuvieran ocupados por damas con recuerdos maravillosos y voces raras, a las que los reveses de la fortuna no habían privado de una cantidad considerable de favorecedores encajes hereditarios. De repente, Laura se detuvo en el parque, a medio camino, presa de un dolor —una punzada moral— que casi la dejó sin aliento; contempló los claros neblinosos y las preciosas y viejas hayas (ahora le eran tan familiares y queridas como si fuera su dueña); en su apagada desnudez de diciembre, éstas parecían conocer todas las inquietudes y hacían que Laura adquiriera conciencia de todos los cambios. Un año antes no sabía nada y ahora lo sabía casi todo; y lo peor de su conocimiento (o, por lo menos, lo peor de los temores que éste había engendrado en ella) le había llegado en aquel hermoso lugar, donde todo estaba tan lleno de paz y pureza, de un aire de feliz sumisión a una ley inmemorial. El lugar era el mismo, pero sus ojos eran distintos; cosas tan malas y tristes habían visto en tan breve tiempo. Sí, el tiempo era breve y todo era raro.



Laura Wing se sentía demasiado inquieta para suspirar siquiera y, mientras andaba, su paso fue haciéndose más liviano, como si anduviera de puntillas.

En *Plash*, la casa parecía brillar en el aire húmedo, el tono de las moteadas paredes de ladrillo y el césped, limitado pero perfecto, parecían obra de un artista del pincel. *lady Davenant* se encontraba en el salón, en una silla baja al lado de una de las ventanas, leyendo el segundo volumen de una novela. La sala tenía el mismo chintz almidonado, ramos de flores por todos los lugares posibles, el papel pintado de acuerdo con el mal gusto imperante unos años antes, conservado para no gastar más dinero, cubierto casi todo por dibujos de aficionado y grabados de categoría, con finos marcos dorados y grandes *passe-partouts*. La sala tenía el aire luminoso, duradero y sociable que Laura Wing apreciaba en tantos objetos ingleses: el aspecto de estar pensada para la vida cotidiana, para mucho tiempo, para un uso sumamente convencional. Pero más que nunca, aquel día resultaba inapropiado que aquella sala, con sus telas de chintz y sus poetas británicos, sus alfombras gastadas y su arte doméstico —con un aspecto tan poco ampuoso y tan sincero—, estuviera relacionada con vidas que no iban bien. Por supuesto, aunque la relación fuera indirecta y la vida desencaminada no fuera la de la anciana señora Berrington ni tampoco la de *lady Davenant*. Si Selina y el comportamiento de Selina no eran una implicación de aquel interior, de la misma manera que el interior no era una explicación del comportamiento de Selina, era porque ella venía de tan lejos, porque era un elemento totalmente extraño. Sin embargo, era allí donde había encontrado la ocasión y todas las influencias que tanto la habían cambiado (su hermana tenía la teoría de que se había metamorfoseado, que cuando era joven parecía haber nacido para la inocencia), si no en *Plash*, por lo menos en *Mellows*, porque, al fin y al cabo, los dos lugares tenían mucho en común y había salas

de la casa grande que se parecían notablemente al salón de la señora Berrington.

*Lady Davenant* llevaba siempre un tocado de estilo peculiar, original y decoroso, una especie de velo o mantilla blanca que le llegaba hasta el lugar donde empezaba a mostrarse el liso cabello en la frente y le cubría los hombros por detrás. Estaba siempre impecable y, en gran medida por eso, la anciana le parecía un hermoso retrato en vez de una persona de carne y hueso. Y, sin embargo, a pesar de su edad, estaba llena de vida y sus casi ochenta años de existencia la habían hecho más refinada, aguda y delicada. Laura creía ver la mano de un maestro en su rostro, y la ingeniosa expresión de éste brillaba como una luz a través del cristal esmerilado de la buena educación; la naturaleza era siempre una artista, pero no hasta tal punto. La joven atribuía a la anciana una sabiduría infinita y por ese motivo la apreciaba con cierto temor. Por lo general, a *lady Davenant* no le gustaban los jóvenes ni los enfermos; pero, en lo que respectaba a la juventud, hacía una excepción con la jovencita procedente de Estados Unidos, la hermana de la nuera de su más querida amiga. Tal vez, en parte, se interesara por Laura para compensar la tibieza que sentía por Selina. En cualquier caso, se había hecho cargo de la responsabilidad de buscarle marido. Pretendía ocuparse en la misma escasa medida de las personas que padecían de otros tipos de desgracia, pero era capaz de encontrarles excusas cuando reunían culpas suficientes. Esperaba que se le dedicara mucha atención, llevaba siempre guantes en casa y nunca tenía nada entre manos que no fuera un libro. No bordaba ni escribía, sólo leía y hablaba. No tenía ninguna conversación especial con las jovencitas, pero, por lo general, se dirigía a ellas de la misma manera que juzgaba eficaz con sus coetáneos. Laura Wing lo consideraba un honor, pero con frecuencia no entendía lo que la anciana quería decir y le daba vergüenza preguntárselo. De vez en cuando, a *lady Davenant* también le daba vergüenza decírselo.

La señora Berrington había salido a una casa de campo para visitar a una vieja enferma, una mujer que había estado a su servicio durante años, en los viejos tiempos. A diferencia de su amiga, le gustaban los jóvenes y los enfermos, pero a Laura le resultaba menos interesante, excepto cuando se preguntaba cómo podía poseer semejantes abismos de placidez. Sus mejillas eran largas y su mirada, amable, y le encantaban los pájaros; a Laura le sugería, en secreto, una pastilla de buen jabón blanco: no había nada más limpio y suave.

—¿Y qué novedades hay *chez vous*? ¿Quién anda por ahí y qué hacen? —preguntó *lady Davenant*, tras los saludos.

—Sólo estoy yo... y los niños... Y la institutriz.

—¡Cómo! ¿No hay ninguna fiesta? ¿Ni una representación teatral? ¿Y cómo viven?

—Oh, yo no necesito mucho para vivir —dijo Laura—. Me parece que el sábado tenía que venir alguien, pero creo que lo han retrasado o no pueden venir. Selina se ha ido a Londres.

—¿Y para qué ha ido a Londres?

—Oh, no lo sé: tiene tantas cosas que hacer...

—¿Y dónde está el señor Berrington?

—Está fuera, pero me parece que vuelve mañana o pasado.

—O pasado pasado mañana —dijo *lady Davenant*—. ¿Y nunca salen juntos? —añadió tras una pausa.

—Sí, algunas veces... pero no vuelven juntos.

—¿Eso significa que se pelean por el camino?

—No sé lo que hacen, *lady Davenant*, no lo entiendo —contestó Laura Wing, con un indisimulado temblor en la voz—. Me parece que no son muy felices.

—Entonces debería darles vergüenza. Tienen todas las comodidades del mundo, ¿qué más quieren?

—¡Sí, y los niños son un encanto!

—Sin duda, deliciosos. ¿Y es buena persona, la institutriz? ¿Los cuida bien?

—Sí, parece muy buena. Es una suerte. Pero creo que tampoco es feliz.

—¡Bendita sea! ¡Qué casa! ¿Sufre de mal de amores?

—No, pero quisiera que Selina prestara atención a su trabajo, que lo apreciara —dijo la joven.

—¿Y acaso no lo aprecia, cuando los deja así en manos de esa joven?

—La señorita Steet piensa que no se da cuenta de cómo progresan, ya que nunca está aquí.

—¿Y llora y se lo cuenta a usted? Sabrá que las institutrices siempre lloran, haga uno lo que haga. No debería usted hablar tanto con ella, siempre están buscando la ocasión. Tendría que estar contenta de que la dejaran tranquila. No se muestre usted demasiado comprensiva, no merece la pena —prosiguió la anciana.

—Oh, no lo soy, le aseguro que no —dijo Laura Wing—. Al contrario, veo tantas cosas a mi alrededor que no comprendo...

—¡Tampoco debe comportarse usted como una americana impertinente! —exclamó su interlocutora.

Laura estuvo con ella media hora y la conversación versó sobre los asuntos de *Plash* y los de *lady Davenant*, que consistían en las visitas que tenía en perspectiva y las ideas que éstas le sugerían, así como los libros que había estado leyendo, un montón heterogéneo en la mesa que tenía a su lado, todos ellos limpios y nuevos, de una biblioteca de Londres. La anciana tenía ideas y a Laura le gustaban, aunque algunas veces le parecían agudas y duras, porque en *Mellows* no se alimentaba con dieta semejante. Por la casa no había pasado ni una idea, al menos, desde que ella llegara, y las lecturas eran asombrosamente escasas. *lady Davenant* seguía yendo de casa de campo en casa de campo todo el invierno, como había hecho durante toda su vida, y cuando Laura le preguntaba, le contaba cómo eran aque-

llos lugares y qué personas, con toda probabilidad, encontraría en ellos. Tal enumeración era mucho menos interesante para la muchacha de lo que habría sido el año anterior: ahora ya había visto muchos lugares y personas, y había desaparecido la frescura de su curiosidad. Pero le seguían gustando las descripciones y juicios de *lady Davenant*, porque (cuando, en algunas ocasiones, veía a la anciana) era lo más parecido que tenía en su vida a una conversación, esa infrecuente forma de conversación que no era mera cháchara. Soñaba con aquello antes de ir a Inglaterra, pero en el ambiente de Selina el sueño no se hacía realidad. En el ambiente de Selina, las personas se limitaban a acosarse de la mañana a la noche con acusaciones extravagantes, en una especie de juego de falsas inculpaciones. Cuando *lady Davenant* acusaba, era siempre dentro de los límites de lo perfectamente verosímil.

Laura aguardó a que regresara la señora Berrington, pero ésta no apareció, de manera que recogió el impermeable con intención de marcharse. Pero, en el fondo, se sentía reacia, porque se había encaminado a Plash con la vaga esperanza de que una mano balsámica calmara su dolor. Si no encontraba consuelo en la «casa de la viuda», ya no sabría dónde buscarlo, porque en casa, sin duda, no lo había, ni siquiera con la señorita Steet y los niños. Con todo, no era la principal cualidad de *lady Davenant* ser reconfortante, y Laura no pretendía tampoco que ella la mimara o se esforzara en que lo olvidara todo: al contrario, prefería que le infundiera fortaleza: que le enseñara a vivir y a no inclinar la cabeza a pesar de la conciencia de que las cosas iban muy mal. Tampoco era su deseo revestirse de una indiferencia osada, pero ¿acaso no había formas de indiferencia nobles y filosóficas? ¿No podría enseñarle *lady Davenant* a ser así, si se tomaba la molestia? La muchacha recordaba haber oído que también hubo años de acontecimientos desagradables en la familia de *lady Davenant*; no era ésta una raza en la que las damas salieran invariablemente bien. Sin embar-

go, ¿quién tenía en aquellos momentos honor y mérito en relación con un pasado que no era asunto de nadie pero era de dominio público a la vez... y lo llevaba con absoluta naturalidad? Ella había sido una mujer buena y eso era, a la larga, lo único importante. Laura también tenía intención de ser una mujer buena y le facilitaría las cosas que *lady Davenant* le enseñara qué había que hacer para no sentir demasiado. En cuestión de exceso de sentimientos, no necesitaba que nadie le diera lecciones.

A la anciana le gustaba cortar las páginas de los libros nuevos y nunca encomendaba esa tarea a su doncella y, mientras estuvo con ella su joven visitante, recorrió gran parte de un volumen con su abrecartas. No trabajaba muy deprisa; sus viejas manos ejecutaban movimientos torpes y pacientes; pero, cuando pasaba la cuchilla por la última hoja, dijo bruscamente:

—¿Y cómo le va a su hermana? ¡Es una mujer muy ligera! —añadió *lady Davenant* antes de que Laura tuviera tiempo de contestar.

—¡Oh! ¡*Lady Davenant*! —exclamó la joven, vagamente, irritada consigo misma en cuanto habló por haber pronunciado las palabras como una protesta cuando, en realidad, tenía ganas de hacer hablar a su compañera. Para corregir esa impresión, soltó el impermeable.

—¿Ha hablado usted con ella? —preguntó la anciana.

—¿Que si he hablado con ella?

—De su conducta. Me atrevería a decir que no lo ha hecho. Ustedes, los americanos, tienen mucha falsa delicadeza. Me atrevería a decir que Selina no hablaría con usted si usted estuviera en su lugar (¡disculpe la suposición!) y, sin embargo, es capaz... —pero *lady Davenant* hizo una pausa y prefirió no decir de qué era capaz la joven señora Berrington—. Esa casa es mala para una joven.

—Me horroriza —contestó Laura, haciendo a su vez una pausa.

—¿Le horroriza su hermana? Pues eso no está bien. Debería usted casarse, cuanto antes mejor. Querida niña, me parece que me he olvidado de usted de una manera imperdonable.

—Le estoy muy agradecida, pero si piensa que el matrimonio me parece algo feliz... —exclamó la muchacha, riendo sin hilaridad.

—Hará feliz a otro y usted lo será razonablemente. Tendría que salir de la situación en que se encuentra.

Laura Wing guardó silencio un momento, aunque no pensaba en eso por primera vez.

—¿Cree entonces que debería alejarme del todo de Selina? Me parece que sería un abandono, que actuaría como una cobarde.

—¡Oh, querida! No es tarea de jovencitas hacer de paracaídas de esposas empeñadas en saltar lejos. Por ese motivo, si no ha hablado con ella, ya no merece la pena que a estas alturas lo haga. ¡Que se vaya, que se vaya!

—¿Que se vaya? —repitió Laura, mirándola fijamente.

Su interlocutora le dirigió una mirada penetrante.

—¡Pues que se quede, entonces! Pero salga usted de la casa. Puede usted venir conmigo, ya sabe, en cuanto quiera. Y no se lo diría a ninguna otra jovencita.

—¡Oh, *lady Davenant*! —empezó a decir Laura, pero no fue más lejos; al instante se había tapado la cara con las manos y se había echado a llorar.

—¡Ah, querida mía, no llore o retiraré la invitación! No la invitaría nunca si usted fuera a *larmoyer*<sup>[1]</sup>. Si la he ofendido por el modo en que he hablado de Selina, me temo que es usted demasiado sensible. No deberíamos sentir por los demás más de lo que ellos sienten por nosotros. Y ella no tiene lágrimas, estoy segura.

—¡Sí, sí, sí tiene! —exclamó la muchacha, sollozando de manera extraña mientras defendía a su hermana.

—Entonces, es peor de lo que pensaba. No me preocupan mucho cuando son alegres, pero las odio cuando son